

amado, puesto que infinitos títulos tiene para ello; cumplamos, hasta donde alcancen nuestras fuerzas, este tan apremiante y dulcísimo precepto que se ha dignado imponernos, y que es, como nos lo enseña Jesucristo, *el primero y el más grande* (Mt. 22,38) de toda la Ley divina. Vivamos practicándolo y sepamos morir cumpliéndolo.

Cuánto desea Dios ser amado de nosotros

Nuestro Dios, por el mismo caso que es soberanamente bueno y nos ama tanto, tiene vivísimos deseos de ser amado de nosotros; que por ello, no contento con excitarnos a que le amemos, ya con repetidas y conmovedoras invitaciones en los Sagrados Libros, ya prodigándonos todo linaje de beneficios, así comunes como particulares, ha querido obligarnos a amarle, imponiéndonos mandamiento expreso de ello. Mas: amenaza con el infierno a los que no le amaren, prometiendo la gloria eterna del Cielo a los que le amaren.

Dios quiere que todo los hombres se salven y que ninguno se pierda, como claramente lo enseñan San Pablo y San Pedro en

sus Epístolas. Dios —escribe el Apóstol— *quiere que todos los hombres lleguen a puerto de salvación* (1 Tm. 2,4). Y el Príncipe de los Apóstoles: *El Señor os da largas esperándoos con paciencia por lo mucho que os ama, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos se conviertan a penitencia* (2 Pd. 3,9).

Pero, si quiere Dios que todos nos salvemos, ¿por qué ha creado el infierno? Ha creado el infierno, no para vernos sepultados en sus inextinguibles llamas, sino, cabalmente, para verse amado de nosotros. Con efecto, de no haberse creado el infierno, ¿quién le amaría en este mundo? Si ahora que existe el infierno, la mayor parte de los hombres se precipita deliberadamente en él antes que amar a Dios, ¿quién —vuelvo a decir— quién le amaría, si no hubiese infierno? Así, pues, el Señor ha amenazado con eternos suplicios al que se niegue a amarle a fin de que los que no le amen de buen grado, le amen, al menos, como a viva fuerza y por temor al infierno.

* * *

Fuera de esto, ¡por cuán honrado y di-

choso no se tendría un súbdito que oyera de labios de su rey estas palabras: *¡Amame puesto que yo te amo!* Un príncipe de la tierra no se dignaría abatir su majestad hasta el punto de reclamar el cariño de un simple vasallo suyo; pero Dios, que es Bondad Infinita y el Dueño Soberano de cuanto existe, infinitamente poderoso, infinitamente sabio, un Dios, en una palabra, digno de infinito amor, un Dios que nos ha colmado de toda suerte de bienes espirituales y temporales, no se desdeña de pedirnos nuestro amor, nos exhorta a amarle, nos lo manda...; y, a pesar de todo, no puede lograrlo. ¿Qué pide, en efecto, de cada uno de nosotros sino que le amemos? *¿Qué pide de ti el Señor, tu Dios, sino que le temas, y andes por sus caminos y le ames?* (Dt. 10,12).

Con este mismo fin vino el Hijo de Dios al mundo a vivir con nosotros, como lo declaró Él mismo por estas palabras: *Fuego vine a traer a la tierra; y ¿qué he de querer sino que levante llama?* (Lc. 12,49). Ponderad señaladamente estas palabras: *Y ¿qué he de querer Yo sino que este divino fuego levante llamas?*, o sea, que se abracen en él todos los humanos corazones. No parece —como lo advierte Santo Tomás—

sino que este Dios excelso, que posee en Sí mismo una felicidad infinita, no puede ser feliz sin verse amado de nosotros.

* * *

No cabe, pues, ponerlo en duda: Dios nos ama, y nos ama mucho, y porque nos ama mucho, quiere que le amemos de todo corazón; que por eso, dirigiéndose a cada uno de nosotros, dice: *Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón* (Dt. 6,5). Ponderemos todas las palabras que añade el Señor a este precepto y que muestran bien a las claras el encendido deseo que tiene de ser amado de cada uno de nosotros: *Y estos mandamientos que Yo te doy en este día estarán estampados en tu corazón... y en ellos meditarás sentado en tu casa, y andando de viaje, y al acostarte, y al levantarte; y los has de traer para memoria ligados en tu mano, y pendientes en la frente ante tus ojos, y los has de escribir en el dintel y puertas de tu casa* (Dt. 6,6).

Quiere Dios que este mandamiento de amarle con todas nuestras fuerzas esté profundamente grabado en nuestro corazón; y, para que nunca le olvidemos, quiere que sea

objeto de nuestras meditaciones cuando estamos sentados en casa o cuando andamos por los caminos, al acostarnos y al levantarnos; quiere que le llevemos, a manera de señal y de recuerdo, ligado en nuestras manos para tenerle constantemente a la vista, en dondequiera que nos hallemos. Por eso los fariseos, tomando literalmente este precepto, escribían las palabras de la Ley en filacterias o tiras de pergamino que llevaban constantemente atadas al brazo y en la frente, como puede verse en San Mateo (Mt. 23,5).

«¡Oh, dardo bienhadado, que introduce en el corazón a Dios, que lo lanza!» —exclama San Gregorio Niseno—. Cuando Dios hace penetrar en el alma un dardo de amor, quiero decir, un rayo de luz, una gracia especial que le da a conocer su bondad, el amor en que por ella se abrasa su Corazón y el deseo que tiene de ser amado, Dios mismo entra en esa alma con el dardo de amor, pues el que lo lanza es el mismo Amor. *Porque Dios es Amor* (1 Jn. 4,8) —dice San Juan). Además, así como el dardo queda fijo en el corazón que ha traspasado, así el Señor, al herir a un alma con su santo amor, viene a ella para permanecer siempre unido al alma así llagada.

Persuadámonos de una vez para siempre, ¡oh, mortales!, de que sólo Dios nos ama con verdadero amor: el amor de nuestros parientes, de nuestros amigos y de cuantos dicen amarnos —fuera de los que nos aman únicamente por Dios— no es amor verdadero, sino un afecto interesado que tiene su raíz en el amor propio.

Sí, Dios mío, reconozco que sólo Vos me amáis y queréis mi felicidad, no por interés, sino por pura bondad, por puro amor para conmigo, y yo, ingrato, a nadie he causado tantos pesares y amarguras como a Vos, que tanto me habéis amado. No permitáis, Jesús mío, que continúe por más tiempo semejante ingratitud. Vos me habéis amado con verdadero amor; con verdadero amor quiero yo amaros lo que me dure la vida. Os diré con Santa Catalina de Sena: No más pecados, Amor mío, no más pecados. Quiero amaros, Dios mío, y no amar sino a Vos.

Dice San Bernardo que el alma que ama a Dios con entrañable amor no puede querer sino lo que quiere Dios. Pidamos al Señor que traspase nuestros corazones con el dardo de su santo amor, pues *el alma así llagada* no tiene ya más voluntad que la de Dios y da de mano a todos los deseos del

amor propio. Este desnudarse de sí, este completo abandono en manos de Dios, es el dardo que atraviesa a su vez el Divino Corazón, como el mismo Señor lo declara a la Sagrada Esposa cuando le dice: *Llagaste mi Corazón, Hermana mía, Esposa* (Cant. 4,9).

* * *

Hermosamente dijo también San Bernardo tratando de lo mismo: Aprendamos a lanzar nuestros corazones a Dios. Cuando un alma hace entera donación de sí misma a Dios, en algún modo lanza su corazón, a manera de dardo, al Corazón de Dios; y Dios desde ese punto tiénese por prisionero del alma que, dándose a Él sin reservas, logró enseñorearse de su Corazón. *Lanzan sus corazones a Dios*: esto es lo que no se cansan de hacer en sus oraciones las almas que se han consagrado por entero a Dios; renuevan constantemente la donación que de sí mismas tienen hecha a la Majestad Divina por medio de ardorosas y ardientes aspiraciones como éstas:

Mi Dios es todo para mí. Dios mío, sólo a Vos os deseo, y nada más.

Señor, me entrego a Vos enteramente; y si no sé hacerlo como debo, apoderaos de mí.

Y ¿a quién amaría yo, Jesús mío, si no os amara a Vos, que habéis muerto por mí?

Llévame, atraéme en pos de Ti. Dulcísimo Redentor mío, sacadme del lodo de mis culpas y atraedme a Vos.

Ligadme, Señor, y estrechadme con las cadenas de vuestro amor, a fin de que nunca más vuelva a abandonaros.

Señor, quiero ser todo vuestro; sí, quiero ser todo vuestro: de Vos depende que lo sea.

¡Ah! Y ¿a quién podría yo desear, sino a Vos, que sois mi Amor, mi Todo?

Ya que os habéis dignado llamarme a vuestro amor, dadme la fuerza de agradaros en todo, como Vos lo deseáis.

¿A quién podría amar yo, si no os amara a Vos, que sois bondad infinita, digna de infinito amor?

Vos me habéis inspirado el deseo de ser todo vuestro: acabad vuestra obra.

¡Ah! Y ¿por quién puedo suspirar yo en este mundo, sino por Vos, que sois el Soberano Bien?

A Vos me entrego sin reservas, aceptad

el don que de mí mismo os hago, y dadme la fuerza que he menester para seros fiel hasta la muerte.

Quiero amaros mucho en esta vida, para amaros mucho en la eternidad.

Jesús, mi Bien, yo Te quiero,
Y entrego tan solo a Ti
Mi corazón todo entero;
Haz lo que quieras de mí.

Cuando uno dice con todas las veras del alma esta jaculatoria, el Cielo entero se regocija.

Por último, dichosa el alma que puede decir sin que los hechos le desmientan: *Mi Amado para mí, y yo para Él* (Cant. 2,16), que es decir, mi Dios se ha dado todo entero a mí, y yo me he dado toda entera a Él; ya no me pertenezco, soy toda de Dios.

Cuando se habla así con toda sinceridad—dice el glorioso San Bernardo—, se estaría dispuesto hasta a sufrir los suplicios del infierno, si en el infierno fuera posible conservar la unión con Dios, antes que verse un solo momento separado del Divino Amante. Sería más llevadero padecer los tormentos del infierno que vivir separado de

Dios.

¡Oh! Y ¡qué rico tesoro es el del amor divino! ¡Dichoso mil veces quien logra poseerlo! Consagra a él todos sus cuidados, y emplea todos los medios necesarios para conservarlo y acrecentarlo. El que no tiene todavía la dicha de poseerlo, debe hacer cuanto esté en su mano para conseguirlo.

Medios de adquirir el amor divino

Veamos ya cuáles son los medios más conducentes para adquirir y conservar el amor divino.

1) Desprendimiento de las criaturas

Consiste el primer medio en desprenderse de todo afecto terreno. Si el corazón está lleno de tierra, el amor de Dios no encuentra espacio en él y cuanto más lo ocupa la tierra, menos puede reinar en él el amor divino. Por eso, quien desee tener el corazón lleno de santo amor, debe esforzarse en arrojar de él todo lo terreno. Para alcanzar la santidad, debemos imitar al Apóstol, que, a

trueque de conquistar el amor de Jesucristo, miraba como estiércol todos los bienes de este mundo: *A todo he dado de mano, y mírolo todo como basura, por ganar a Cristo* (Fil. 3,8). ¡Ah! Pidamos al Espíritu Santo que nos inflame en su divino amor; entonces también nosotros menospreciaremos como vanidades, estiércol y fango, todas las riquezas, los honores y dignidades de aquí abajo, mentidos bienes, por los cuales, desgraciadamente, se pierden la mayor parte de los hombres.

¡Oh! Cuando el amor santo se apodera de un alma, la feliz cautiva no hace ya ningún caso de lo que el mundo aprecia: *Aunque un hombre, a trueque del amor, dé todo el caudal de su casa, lo reputará por nada* (Cant. 7,8). Cuando se ha declarado fuego en una casa —dice San Francisco de Sales— arrójanse los muebles por la ventana; esto es: tan pronto como la llama del amor divino prende en un corazón, ninguna necesidad tiene el hombre ya de advertencias y exhortaciones de predicadores y confesores para dar de mano a los bienes del mundo, honores, riquezas y todo lo de la tierra, sino que lo hace por sí mismo, con el fin de no amar ya sino a Dios. Decía Santa

Catalina de Génova que no amaba a Dios por sus dones, sino que amaba los dones de Dios para amar más a Dios.

Según la expresión de Gilberto, el corazón que ama a Dios encuentra duro e insoportable dividir su afecto entre Jesucristo y el mundo, amar a un tiempo mismo a Dios y las criaturas. Y al decir de San Bernardo, el amor de Dios es insociable, por cuanto Dios no sufre en el corazón compañía alguna; quiérelolo entero para Sí. Y ¿qué? ¿Será por ventura exigente en demasía el Señor, no queriendo que nuestra alma ame cosa alguna fuera de Él?

Cierto que no; pues la soberana Amabilidad debe ser amada en el grado más alto que sea posible —responde el Seráfico Doctor—. Un ser infinitamente amable, infinitamente bueno y que merece infinito amor, justísimamente pretende ser Él sólo amado por un corazón que creó expresamente para que le amara; tanto más, cuanto que sólo con el fin de ser amado exclusivamente, este Dios de bondad llegó al extremo de sacrificarse a Sí mismo por ese corazón, como se expresa San Bernardo: *Se sacrificó todo entero por mi bien y provecho.*

Lo mismo puede decir cada uno de no-

sotros, siendo así que por cada uno de nosotros sacrificó Jesucristo su sangre y su vida, muriendo a puros dolores en lo alto de una cruz, y por cada uno de nosotros; después de muerto, ha dejado su cuerpo, su sangre, su alma, y a Sí mismo todo entero, en el adorable Sacramento del Altar, donde se hace alimento de nuestras almas, para unirnos a todos y a cada uno a su Divina Persona.

¡Oh! y ¡qué feliz es el alma que ha llegado a aquel estado de perfección que nos pinta San Gregorio Magno, en el cual le parece de todo punto insoportable todo lo que no es Dios, objeto único de todos sus amores. Para lograr tanto bien, debemos guardarnos muy mucho de poner nuestro afecto en las criaturas, temerosos de que nos roben una parte del amor que quiere Dios entero para Sí. Aun tratándose de afecto bueno y legítimo, como el que media entre deudos y amigos, es preciso no olvidar lo que decía San Felipe Neri, conviene a saber: *Que cuanto más amemos a las criaturas, menos amaremos a Dios.*

Por todo ello, fuerza es que nos convirtamos en jardines cerrados, como llama el Señor a la Sagrada Esposa en el *Cantar de*

los cantares: Huerto cerrado eres. Hermana mía, Esposa (Cant. 4,12). *Jardín, huerto cerrado* viene a ser el alma que no abre la puerta de su corazón a ningún afecto a las cosas terrenas. Cuando, pues, alguna criatura pretende compartir con Dios la posesión de nuestro corazón, debemos negarle absolutamente la entrada, y volviéndonos en seguida a Jesucristo, hablarle así: Vos sólo, Jesús mío, Vos sólo me bastáis, y sólo a Vos quiero amar, a Vos, *que sois el Dios de mi corazón y mi herencia por toda la eternidad* (Sal. 72,26). Sí, Dios mío, Vos seréis siempre el único Dueño de mi corazón, mi único amor.

Para ello pidamos sin cesar al Señor la gracia de amarle con amor puro. «El amor puro de Dios —dice San Francisco de Sales— consume todo lo que no es Dios, y lo convierte todo en amor».

2) Meditación sobre la Pasión de Jesucristo

El segundo medio de adquirir el amor divino *es meditar la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo*. Sobre esto puede leerse la

obra que no hace mucho he publicado con el título de REFLEXIONES SOBRE LA PASION DE JESUCRISTO; en ella se trata extensamente de los muchos padecimientos y trabajos que pasó el Señor para redimirnos.

Es lo cierto que, si Jesucristo es tan poco amado en el mundo, débese al descuido y a la ingratitud de los hombres, que no quieren considerar, siquiera de cuando en cuando, lo mucho que el Hijo de Dios se dignó sufrir por nosotros, y el amor que nos demostró con sus padecimientos. «Parece una locura —dice San Gregorio— el que un Dios, el Autor de la vida, haya querido morir para salvar a miserables criaturas, cuales somos los hombres»; y, sin embargo, es de fe que Dios lo ha hecho: *Nos amó, y se entregó a Sí mismo por nosotros* (Ef. 5,2) —escribe San Pablo a los Fieles de Éfeso—. Dios ha llevado su dignación hasta querer derramar toda su sangre para purificarnos de nuestros pecados: *Nos amó, y nos lavó de nuestros pecados en su Sangre* (Ap. 1,5).

¡Oh, Dios mío! —exclama San Buenaventura—. Tanto que me habéis amado que no parece sino que, por amor mío, hayáis llegado al extremo de odiaros a Vos mismo.

Fuera de esto, Jesús ha querido hacerse nuestro alimento en la santa Comunión. Dios —dice el Angélico Doctor, hablando de este divino Sacramento— se ha humillado abatiendo su majestad soberana ante el hombre, cual si fuera nuestro criado y cada uno de nosotros fuera su Dios.

Tales finezas de amor hacen decir al Apóstol: *La caridad de Cristo nos hace fuerza* (2 Cor. 5,14): el amor que nos a manifestado Jesucristo nos obliga en cierto modo a amarle. ¡Ay! Y ¡qué no hacen los hombres por una criatura de la que se han enamorado! ¡Y a un Dios de infinita bondad, de belleza infinita, a un Dios que nos ha amado hasta el inconcebible extremo de morir por cada uno de nosotros en afrentoso patíbulo, cuán poco se le ama! ¡Ah! Imitemos todos al Apóstol San Pablo, que decía: *Pero a mí líbreme Dios de gloriarme en otra cosa que en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo* (Gal. 6,14). Y ¿qué mayor gloria puedo ambicionar en el mundo que la de haber sido amado por todo un Dios, hasta el punto de haber dado por mí su sangre y su vida?

Esto mismo deben decir los que tienen fe; y, si se tiene fe, ¿cómo es posible amar

otra cosa que a Dios? ¡Ah! Cuando un alma contempla al Divino Redentor clavado en Cruz, pesando todo su Sagrado Cuerpo sobre las llagas de las manos y de los pies, y expirando a poder de tormentos por nuestro amor, ¿será posible que no se sienta inclinada y como forzada a consagrarle todos los afectos de su corazón?

No: por fría que esté un alma en el amor de Dios, con tal que tenga fe, no concibo cómo puede dejar de sentirse movida a amar a Jesucristo, cuando considera, aunque no sea más que de paso, lo que se halla consignado en las Sagradas Páginas respecto al amor que este Dios Redentor nos ha demostrado, así en la Pasión como en el adorable Sacramento del Altar.

Por lo que hace a la *Pasión*, dícenos el Profeta Isaías que en ella Jesucristo: *En verdad tomó sobre Sí nuestras dolencias y cargó con nuestras penalidades... Por causa de nuestras iniquidades fue llagado, y despedazado por nuestros crímenes y demasías* (Is. 52,4). Es, pues, de fe que el Hijo excelso de Dios quiso tomar sobre Sí y sufrir las penas que nos eran debidas, para librar-nos de ellas. Y esto, ¿por qué lo hizo, sino para declararnos el amor que nos tiene? Así

nos lo enseña el Apóstol: *Cristo nos amó* —dice— *y se entregó a Sí mismo por nosotros* (Ef. 5,2). *Nos amó* —añade San Juan— *y nos lavó de nuestros pecados con su Sangre* (Ap. 1,5).

En cuanto al augustísimo *Sacramento de la Eucaristía*, el mismo Señor dijo a todos los hombres al instituirle: *Tomad y comed; Éste es mi Cuerpo* (1 Cor. 11,24). Y en otra ocasión: *El que come mi Carne y bebe mi Sangre, en Mí mora y Yo en él* (Jn. 6,57).

Y ¿podrá leer estas palabras un hombre que tiene fe sin sentirse como forzado a amar a este Redentor dulcísimo, que, después de haber sacrificado su sangre y su vida en aras de su amor al hombre, se ha dignado dejar su adorable Cuerpo en el Santísimo Sacramento del Altar para hacerse alimento de su alma y unirse a él enteramente en la Santa Comunión?

* * *

Terminemos este punto con otra corta reflexión sobre la Pasión del Señor. Muéstrasenos Jesucristo pendiente de una cruz, atravesado con tres clavos, arroyado en sangre todo su sacratísimo Cuerpo, y

agonizando en medio de un piélago de dolores. Y yo pregunto: ¿Por qué el Dios Humanado se ofrece a nuestras miradas en un estado tan conmovedor? ¿Es sólo para excitar nuestra compasión? No, por cierto: si quiso reducirse a tan lastimoso estado, no fue tanto para enternecernos con sus padecimientos, como para que le amásemos. Harto nos había obligado a amarle al declararnos que nos ama desde toda la eternidad. *Te amé* —dice a cada uno de nosotros— *con eterno amor* (Jr. 31,3). Mas, al ver que esto no bastaba para arrancarnos de nuestra tibieza, y con el fin de inducirnos a amarle como El lo deseaba, quiso probarnos de una manera práctica y con hechos el amor que nos tenía; y, para ello, se presentó a nuestra vista cubierto de heridas y acabado de dolores en las agonías de la muerte por nuestro bien y remedio, a fin de hacernos comprender el tierno e inmenso amor en que por nosotros se abrasa su Corazón. Que es, cabalmente, lo que por admirable manera expresa San Pablo al decir: *Cristo Jesús nos amó, y Se entregó a Sí mismo por nosotros* (Ef. 5,2).

3) Conformidad con la voluntad de Dios.

El tercer medio de llegar al perfecto amor de Dios consiste en *conformarse en un todo con su santísima voluntad*. El que ama perfectamente a Dios —dice San Bernardo— no puede querer sino lo que Dios quiere. Muchos son, en verdad, los que dicen con los labios que están en un todo resignados en el divino querer; pero luego, al sentirse heridos por el dardo de la tribulación, como si —pongo por caso— les sobreviene una enfermedad muy molesta, muéstranse inconsolables. No obran así las almas verdaderamente resignadas, las cuales, en todos los sucesos de la vida, dicen invariablemente: ¡Tal es, o tal ha sido, el beneplácito del Amado!; tranquilizándose al punto con este pensamiento. Todo es dulce para el que ama a Dios —dice San Buenaventura—. Estas buenas almas saben muy bien que nada sucede en el mundo sin orden o permisión de Dios; y así, en cualquier acaecimiento o contingencia, sea cual fuere, inclinan la frente con humildad, mostrándose siempre contentas y satisfechas con lo que el Señor es servido disponer. Si bien no quiere Dios que nadie nos persiga y nos

perjudique, quiere, sin embargo, que suframos con paciencia las vejaciones y las pérdidas que experimentemos.

Si Dios me lanzara al fondo del infierno —decía Santa Catalina de Génova— todavía exclamaría: Bueno es que aquí me encuentre (Mt. 17,4); bástame tener la seguridad de que así lo ha dispuesto Aquél a quien amo y de quien soy amada más que cualquier otro: -Él sabe mejor que yo lo que me conviene. ¡Oh! Y ¡cuán bueno y gustoso es descansar en brazos de la voluntad divina!

Dice Santa Teresa: «Toda la pretensión de quien comienza oración —y no se os olvide esto, que importa mucho— ha de ser trabajar, y determinarse, y disponerse, con cuantas diligencias pueda, a hacer su voluntad conformar con la de Dios, y... estad muy ciertas que en esto consiste la mayor perfección que se puede alcanzar en el camino espiritual» (Morad. II).

Así, pues, debemos repetir sin cesar la plegaria del santo rey David: Señor, ya que queréis que me salve, *enseñadme a cumplir vuestra voluntad* (Sal. 142,10). El acto más perfecto de amor que puede brotar del corazón de un hombre es el que hizo San Pablo cuando, en el acto de convertirse, ex-

clamó: *¡Señor! ¿Qué queréis que haga?* (Hech. 9,6). Que fue decir: Hablad, Señor, y declaradme lo que de mí queréis, pues estoy pronto a hacerlo. Este acto vale más que mil ayunos y mil disciplinas.

Por consiguiente, el único blanco a que han de mirar todas nuestras obras, todos nuestros deseos, todas nuestras oraciones, debe ser el cumplimiento de la divina voluntad. Nuestras plegarias a la Divina Madre, a los Ángeles de la Guarda, a nuestros santos Patronos, han de tener por fin alcanzar la gracia de hacer la voluntad de Dios. Y cuando el Señor dispusiere que nos sobrevengan tribulaciones o algo que contraríe nuestro amor propio, es llegado el momento de atesorar, por medio de un acto de resignación, riquísimo caudal de méritos; acostumbremos a imitar en tales casos a Jesucristo, repitiendo sus mismas palabras: *El cáliz que me presenta mi Padre, ¿no lo tengo de beber?* (Jn. 18,2). O bien: *Sí, Padre mío; Yo Te bendigo y glorifico por haber sido de tu agrado que fuese así* (Mt. 11,26). Señor, ya que Vos os habéis agrado en ello, también yo me agrado. O digamos, por último, con el Santo Job: *Tal fue la voluntad del Señor; bendito sea su santo*

Nombre (Job. 1,21). Decía el Beato Juan de Ávila: «Vale más un *¡bendito sea Dios!* dicho en la adversidad que mil acciones de gracias en la prosperidad.»

Concluyamos repitiendo lo que decíamos más arriba: ¡Oh! Y ¡qué bueno y deleitoso es descansar en brazos de la voluntad de Dios! Porque entonces tienen cabal cumplimiento las palabras del Espíritu Santo: *Ningún acontecimiento podrá apesadumbrar al justo* (Pr. 12,21).

4) Meditación

El cuarto medio para abrasarse en las llamas purísimas del amor divino es *la meditación*.

Las verdades eternas no pueden verse con los ojos del cuerpo, como los objetos materiales, sino únicamente por medio del pensamiento y la consideración; y, de consiguiente, si no consagramos algún tiempo a la meditación de las verdades eternas y, señaladamente, a considerar lo muy obligados que estamos a amar a Dios, ya por sus soberanas perfecciones, ya por los innumerables beneficios de que nos ha colmado, ya

por el amor de que nos tiene dadas tan claras e inequívocas pruebas, difícilmente llegaremos a desprendernos de las criaturas y a consagrarle todos los afectos de nuestro corazón. En la meditación, el Señor nos da a conocer la nada de todo lo terreno y el valor de los bienes celestiales; en ella inflama en su amor los corazones que no resisten los atractivos de su gracia.

Cierto que muchas personas se lamentan de que se dan a la oración y, sin embargo, no encuentran en ella a Dios. Esto se debe a que van a este santo ejercicio con el corazón lleno de afectos terrenos. «Despegue el corazón de todas las cosas —escribía Santa Teresa—; busque, y hallará a Dios». El Señor es todo bondad para los que le buscan. *Bueno es el Señor..., para las almas que le buscan*. Por consiguiente, si un alma quiere hallar a Dios en la oración, ha de romper los lazos que la tienen atada a la tierra; entonces Dios le hablará, como lo declara Él mismo por estas palabras: *La llevaré a la soledad y le hablaré al corazón* (Os. 2,14). Y aquí advierte San gregorio que, para hallar a Dios, de poco sirve la soledad del cuerpo, si no va acompañada de la soledad del corazón. El Señor dijo un día

a Santa Teresa: *De buena gana hablaría Yo a muchas almas; pero las cosas del mundo meten tanto ruido en su corazón, que no se dejaría oír en él mi voz.*

¡Oh! Desde el momento mismo en que un alma desprendida entra en oración, ¡cómo se comunica Dios a ella, dándole a conocer al propio tiempo lo mucho que la ama! «Entonces —dice San Lorenzo Justiniano— el alma se abrasa en divinos incendios de amor; no habla, pero ¡cuánto dice con su silencio! El silencio de su caridad dice más a Dios que toda la elocuencia humana; cada uno de sus supiros descúbrelle todo su interior». Así endiosada, no se cansa de repetir: *Mi amado es para mí y yo para Él* (Cant. 2,16).

5) Oración

El quinto medio de llegar a un alto grado de amor divino es *la oración*. Somos pobres, faltos de todo; pero, si nos encomendamos a la Divina Clemencia, seremos ricos, nada nos faltará, ya que Dios tiene prometido atender al que le ruega: *Pedid, y se os dará* (Mt. 7,7). ¿Qué mayor muestra de

afecto puede dar un amigo a otro que decirle: Pídeme lo que quieras y te lo daré? Pues esto dice el Señor a cada uno de nosotros. Dios es el soberano Dueño de todas las cosas y promete concedernos cuanto le pidamos; si vivimos en la indigencia, es por culpa nuestra; porque no le pedimos las gracias que hemos menester. Que por eso la oración mental o meditación es moralmente necesaria a todos, ya que, prescindiendo de la oración o reflexión cristiana, abstraídos por negocios y cuidados del mundo, poco es lo que pensamos en nuestra alma; al paso que teniendo oración, conocemos las necesidades de nuestra alma, pedimos las gracias que nos faltan y, por el mismo caso, las alcanzamos.

La vida de todos los Santos ha sido una vida de oración y de plegarias, y todas las gracias, merced a las cuales lograron santificarse, obtuviéronlas con sus oraciones. Si queremos, pues, salvarnos y santificarnos, debemos estar de continuo a las puertas de la Divina Misericordia pidiendo de limosna con fervorosas súplicas cuanto nos sea necesario para ello. ¿Necesitamos humildad? Pidámosla, y seremos humildes. ¿Necesitamos paciencia? Pidámosla, y se-

remos sufridos. ¿Deseamos amor divino? Pidámoslo, y lo alcanzaremos. *Pedid, y se os dará* —es la promesa que Dios nos tiene hecha y a la cual no puede faltar.

Para inspirarnos todavía mayor confianza en la oración o plegaria, Jesucristo nos ha empeñado su divina palabra de que todas las gracias y mercedes que pidamos a su Padre Celestial en nombre suyo, o por su amor, o por sus méritos, nos serán indefectiblemente otorgadas: *De verdad, de verdad os digo: si algo pidiéreis al Padre en Mi Nombre, os lo concederá* (Jn. 16,23). Y, en otro lugar, el Señor se expresa así: *Si algo Me pidiereis en Mi nombre, conviene a saber, por mis méritos, Yo lo haré* (Jn. 14,14). En efecto, es de fe que Jesucristo, siendo como es Hijo de Dios, tiene el mismo poder que su Padre Celestial.

Oración de San Buenaventura a Jesús Crucificado para alcanzar su santo amor

Amabilísimo Jesús mío, traspasad lo más íntimo de mi ser con el dulce y saludable dardo de vuestro amor, a fin de que languidezca y me consuma de amor para con

Vos, y suspire por Vos, y arda en deseos de salir de este mundo para unirme perfectamente con Vos en la eternidad. Haced que mi alma tenga siempre hambre y sed de Vos, os busque sin cesar, no hable sino de Vos, os encuentre y lo refiera todo a vuestra gloria. Dadme, Señor, que mi corazón permanezca siempre unido a Vos, que sois mi única esperanza, mi riqueza, mi paz, mi refugio, mi herencia y mi tesoro.

Oración a la Santísima Virgen para alcanzar por su intercesión el amor a Jesucristo y una buena muerte.

¡Oh, Virgen María! Vos que deseáis tan ardientemente ver amado a Jesucristo, alcanzadme la gracia de amarle mucho y de no amar sino a Él. ¡Oh, excelsa Reina mía! Vos alcanzáis de este vuestro divino Hijo cuanto queréis. ¡Ah! Rogadle por mí y consoladme. Obtenedme también un grande amor a Vos, que sois la predilecta de Dios. Y por el dolor que sufristeis en el Calvario viendo expirar a Jesús en la cruz en presencia vuestra, alcanzadme una buena muerte, a fin de que amándoos en este

mundo a Jesucristo y a Vos, tiernísima Madre mía, logre la dicha de ir a amaros eternamente en el Cielo.

Señales ciertas por las que puede cada uno reconocer en sí mismo el amor de Dios

En la Sagrada Escritura el amor divino es comparado al fuego. Para declararnos que había venido a traernos el santo amor de Dios, Jesucristo se expresa en estos términos en el sagrado Evangelio: *Fuego he venido a traer a la tierra* (Lc. 12,49). Y en el Apocalipsis Dios mismo nos aconseja que nos proveamos de oro afinado en el fuego por estas palabras: *Aconséjote que compres de Mí oro afinado en fuego* (Ap. 3,18), o se el amor santo.

El fuego tiene dos propiedades: resiste a cuanto le es contrario, es decir, al soplo y al viento, los cuales, lejos de apagarlo lo avivan y enardecen; además, es activo, no puede dejar de obrar, si realmente es fuego. He aquí, pues, dos señales ciertas, incontestables, para conocer en nosotros mismos el santo amor de Dios: las OBRAS y la PACIENCIA.

¿Referimos todas nuestras acciones a Dios, a lo menos con la recta intención de hacer en todo su santísima voluntad? ¿Sufrimos gustosos por Él toda suerte de adversidades: pobreza, tribulaciones, enfermedades, etc.? En vez de alejarnos de Él con semejantes trabajos, ¿nos unimos más estrechamente a su corazón? En tal caso, poseemos el santo amor de Dios: nuestro amor es un fuego que obra y que resiste a los obstáculos.

De otro modo, no: nuestro amor a Dios no sería verdadero, sería falso; sería un amor de lengua, no de corazón. Contra esto nos previene San Juan escribiendo a los fieles de su tiempo: *Hijitos míos*, (¡cuán tierna caridad encierran estas expresiones!), *no amemos sólo de palabra y con la lengua, sino con obras y de verdad* (1 Jn. 3,18).

«Si el amor no obra —dice San Gregorio—, no es amor». Oigamos al mismo Jesucristo: *Quien ha recibido mis mandamientos y los guarda, ése es el que Me ama* (Jn. 14,21). Y San Agustín añade: «Lo más duro y amargo tórnalo facilísimo y casi nulo el amor».

Si obramos, pues, siempre por Dios, como queda dicho; si guardamos sus divi-

nos preceptos, si los observamos con toda exactitud, así como los mandamientos de la Santa Iglesia, los deberes de nuestro estado y todas nuestras obligaciones particulares; si arrostramos con valor, y aun con alegría, por Dios, todas las dificultades que se nos atraviesan de por medio en el camino del bien, por más que ello nos cueste, podemos decir que nuestro corazón atesora el amor de Dios: nuestro amor es fuego que obra y resiste a los obstáculos.

De lo contrario, no: nuestro amor no sería verdadero, sería falso; sería amor de lengua y no de corazón. *Hijitos míos, no amemos sólo de palabra y con la lengua, sino con obras y de verdad.*

* * *

Veamos algunos ejemplos más prácticos. Se te presenta la ocasión de realizar una ganancia, pero es injusta; de permitirte una satisfacción, pero está prohibida. Los deberes de tu estado te parecen una carga abrumadora; tus ocupaciones te hastían. Y tú, para dar gusto a Dios, renuncias a aquella gracia, das de mano a aquel goce; a pesar del tedio que sientes, trabajas y cumples con

todas tus obligaciones, puedes lisonjearte de que tu corazón atesora el santo amor de Dios: tu amor es fuego que obra.

De lo contrario, no: tu amor no sería verdadero, sería falso; sería amor de lengua, no de corazón. *Hijitos míos, no amemos sólo de palabra y con la lengua, sino con obras y de verdad.*

Vayamos más lejos. Te sobreviene una desgracia inesperada; de improviso se te echa encima un pleito, del que depende toda tu fortuna; la muerte te arrebatara repentinamente una persona en quien tenías cifradas todas tus esperanzas, que es tu único sostén. Y tú, sin vacilar un punto, lo ofreces todo al Señor, y todo lo soportas hasta con alegría —posees el riquísimo tesoro del amor de Dios: tu amor es fuego que resiste a los obstáculos.

De otro modo, no: tu amor a Dios sería amor de lengua no de corazón: *Hijitos míos, no amemos sólo de palabra y con la lengua, sino con obras y de verdad.*

* * *

¡Oh! En cuestión de amor, *el sufrimiento* es señal harto más segura que la acción.

El que obra, cierto que trabaja en bien de la persona amada, y ello es prueba de que la ama; pero el que sufre se olvida de sí mismo por la persona amada, y es señal de que la ama mucho más.

Por medio de esta prueba quiso el Señor que se manifestara de extraordinaria manera el amor que le tenía el Santo Job.

Sin duda que Job se abrasaba y consumía en el sagrado fuego del amor a Dios; pero ¿cuándo se descubrió verdaderamente que así era? ¿Fue acaso cuando se miraba cercado de la brillante corona de una numerosa descendencia, nadando en la abundancia y gozando de perfecta salud? Ciertamente sí, aun en estos días de prosperidad y bonanza; porque nunca se olvidaba de reconocer y confesar que lo debía todo a la Divina Munificencia; tributábale gracias a ese Dios de bondad, ofreciéndole sacrificios y no faltaba a ninguno de sus deberes, dando saludables consejos y avisos a sus hijos y rogando continuamente por ellos, temeroso de que alguna vez llegaran a ofender al Señor. *No sea —decía— que mis hijos hayan pecado* (Job. 1,5).

Pero su amor a Dios se mostró verdaderamente heroico, cuando, para aprobar su

grandeza, el Señor le privó en un punto de todos sus bienes, hizo que a la misma hora murieran todos sus hijos y que perdiese la salud, hasta el punto de que, tendido en un estercolero y cubierto de llagas desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza, vióse reducido a raerse con un casco de teja la podredumbre que había invadido sus miembros.

Y, en medio de tan horribles desventuras, de aflicciones tan inauditas, Job no hizo más que repetir, con una paciencia invencible y cada vez más asombrosa: *El Señor me había dado todos esos bienes, el Señor me los ha quitado: se ha hecho lo que es de su agrado; bendito sea el nombre del Señor* (Job. 1,21).

Pero, ¿a qué traer el ejemplo de Job? El mismo Jesucristo, al ir a dar comienzo a su Pasión, dijo a los Apóstoles: *Para que conozca el mundo que amo a mi Padre, levantaos, y vamos* (Jn. 14,31).

Ved aquí la señal más segura e incontestable del verdadero amor de Dios: *la paciencia*, sobrellevar por Dios con inalterable paz y santa resignación toda suerte de padecimientos.

* * *

Los Santos nos han dejado, acerca de este punto, sentencias y ejemplos muy notables.

«¡O sufrir o morir!» —exclamaba Santa Teresa—; y Santa María Magdalena de Pazzis: «¡Sufrir, y no morir!»; y San Juan de la Cruz: «¡Sufrir, y callar!».

Los santos mártires provocaban a los verdugos a atormentarlos y a las fieras a devorarlos.

Santa Liduvina sufrió gozosa, durante treinta y ocho años, una dolorosísima enfermedad.

Santa Francisca Romana soportó de buen grado el destierro de su esposo y la confiscación de todos los bienes de su casa; y San Juan de la Cruz una dura prisión por espacio de nueve meses, junto con otras mil incomodidades y humillaciones a cual más insoportable.

Ésta, ésta es la señal más segura e incontestable del verdadero amor de Dios: la paciencia, sobrellevar por Dios con santa resignación e inalterable paz toda suerte de padecimientos.

* * *

¡Oh! ¡Dichoso, en verdad, una y mil veces, el que en estas dos señales, a todas luces seguras —las obras y la paciencia, obrar y sufrir por Dios—, conoce que posee el tesoro del divino amor!

Todo el oro del Universo —dice el Espíritu Santo en el Sagrado Libro de la Sabiduría— *parangonado con el menor grado de amor divino, no es más que un puñado de arena* (Sb. 7,9); o, mejor: *todas las riquezas de la tierra, comparadas con el menor grado de ese amor santo, nada representan* (Ibid, 8).

Pero, ¿qué digo: todo el oro, todas las riquezas del Universo? Todos los dones sobrenaturales, aun los más sublimes y soberanos, nada significan sin el amor de Dios. Así lo enseña el Apóstol San Pablo, que, poseyendo este santo amor en tan alto grado, tan bien conocía su imponderable valor.

Si yo tuviera —dice— el don de lenguas: *si hablara*, no sólo todas las lenguas de los hombres, sino también el admirable *lenguaje de los Ángeles y no poseyera el santo amor de Dios, no sería más que un metal que suena o campana que retiñe.*

Cuando tuviera, en el más alto grado,

el don de profecía, hasta el punto de penetrar las profundidades de los más sublimes misterios; cuando tuviera el don de todas las ciencias, y un don de fe tan grande, que, arrancándolos de sus asientos, trasladase de una a otra parte los montes, si no tuviere caridad, nada soy (1 Cor. 13,1).

Y esta hermosa virtud de la caridad, del santo amor de Dios, es la reina de todas las virtudes; ella reina y reinará eternamente.

La *fe*, después de la muerte, tendrá su galardón: verá lo que habrá creído; y así, en el Cielo no habrá fe.

La *esperanza*, después de la muerte, tendrá su galardón, poseyendo lo que ha esperado; y así, en el Cielo no habrá esperanza.

La *caridad*, empero, si bien después de la muerte tendrá también su galardón, reinará eternamente: en su inmensa bienaventuranza, proseguirá amando por eternidades sin fin a aquel Dios soberano, a quien habrá amado aquí en la tierra.

¡Dichoso, pues, una y mil veces, el que, en estas dos señales, a todas luces seguras e incontestables —las obras y la paciencia, obrar y sufrir por Dios—, pueda conocer que posee el santo y verdadero amor de Dios!

Concluyamos. Amemos todos, sí, amemos todos juntos y cada uno en particular, tanto y como queda declarado, a Dios Nuestro Señor. En todo cuanto hagamos no perdamos nunca de vista a este nuestro amantísimo Dios; conformémonos con su adorable voluntad, con su soberano beneplácito, en cada una de nuestras acciones y, por último, llevemos no sólo con paciencia, sino con alegría, todo lo que contraríe nuestro amor propio y natural sensibilidad.

Con este sólo y único fin de amar a Dios hemos sido criados y puestos en el mundo.

A este solo y único fin hemos de enderezar, mientras nos dure la vida, todos nuestros esfuerzos y toda nuestra solicitud.

No apreciemos sino el amor de Dios; sea este amor santo el objeto único de nuestras encendidas y frecuentes plegarias, y digamos a menudo todos y cada uno: *Dadme, Señor, vuestro amor; sí, dadme sólo vuestro amor y vuestra santa gracia: con ello soy bastante rico, y nada más os pido.* Tal era la oración que dirigía de continuo al Señor aquel gran Santo, cuyo corazón era una ascua viva de divino amor, el glorioso San Ignacio.

Acto de caridad perfecta en pocas palabras y para ser repetido con frecuencia

Os amo, Dios mío, sobre todas las cosas, en todas las cosas y de todo corazón, porque merecéis infinitamente ser amado.

Camino de Santificación o Máximas de los Santos para hacerse Santos

1. Por regla general, niega a la naturaleza lo que te pida sin necesidad.

2. Oblígala a lo que sin razón se necesita.

3. ¿Te pide algunos minutos más de descanso a la hora de levantarse? —Niégate hasta un segundo.

4. ¿Te sugiere buscar mayor comodidad cuando estás sentado o acostado? —No la escuches.

5. ¿Te mueve a que busques apoyo durante la oración? —No lo hagas.

6. ¿Te inclina a que la abrevies? —Prolóngala, si te es posible.

7. ¿Hay un bocadito que te gusta en el plato que te sirven? —Déjale para otro y haz este pequeño sacrificio por Jesús, que por ti se sacrificó.

8. ¿Tienes hambre? ¿Sientes mucha sed?
—Espera un poco: come con lentitud.

9. ¿Estás triste, tienes ganas de llorar?
—Pues canta y véncete por amor de Dios.

10. ¿Te hallas de mal humor? —Ríe, si puedes.

11. ¿Sientes prurito de hablar, de decir un chiste? —Cállate por amor de Jesús.

12. ¿Te sientes tentado de enfadarte? —Procura mostrarte dulce y afable.

13. ¿O bien de vengarte? —Devuelve bien por mal.

14. ¿O de poner mala cara a alguien? —Hazle buen rostro.

15. ¿O de hablar mal de alguna persona? —Habla lo mejor que puedas de ella: a lo menos, guarda silencio.

16. ¿O de evitar un encuentro? —Vén-cete no vuelvas atrás, salúdala.

17. ¿Deseas hablarle con dureza? —Háblale con dulzura.

18. ¿Quisieras decir algo desagradable? —Muéstrate afable y servicial.

19. ¿Te cuesta, por amor propio o por pereza, hacer un favor? —Doble motivo para ejecutarlo.

20. ¿Te impacienta todo? —Ten el humor siempre igual.

21. ¿Deseas seguir el impulso de tu corazón, hablar, obrar cuando te hallas agitado? —Espera, deja pasar la tormenta.

22. ¿Quieres ir de prisa, hacer pronto tus devociones, ejecutar algo en seguida? —Anda despacio.

23. ¿Se cuenta algo interesante de poca o ninguna utilidad para tu alma? —Procura no prestar atención por amor de Jesús.

24. ¿Se presenta a tu paso algún objeto que todo el mundo quiere ver? —No mires, ni des un paso por verlo.

25. ¿Tienes ganas de coger una flor y de olerla? —Abstente de ello, Jesús te lo pide.

26. ¿Quisieras comer una fruta, un dulce? —Sacrifícalo al Divino Esposo, que te dará ciento por uno.

27. ¿Quieres comer o beber entre comidas? —No lo hagas; eso es sensualidad.

28. ¿Te quisieras calentar sin gran necesidad? —Huye del fuego por evitar el del infierno.

29. ¿Tienes costumbre de quejarte cuando padeces? —Bendice a Jesús que te da esa cruz por tu bien, o al menos sufre en silencio.

30. ¿Estás tentado de murmurar cuando

te ves humillado o tienes contrariedades? —Di con gana o sin ella: mejor para mí, venga en buena hora.

31. ¿Te quieres disculpar? —Acúsate el primero tú, o bien guarda silencio.

32. ¿Es el frío, el calor o la lluvia lo que te molesta y mortifica? —Di con el Profeta: frío, calor, lluvia, bendecid al Señor.

33. ¿Sientes, muy a pesar tuyo, frío y seco tu corazón? —Bendice igualmente a Dios.

34. ¿Te has dado algún golpe o hecho algún daño? —Di, tanto mejor, aunque sea llorando, si no puedes contener las lágrimas.

35. ¿Te lleva la vanidad a mirarte al espejo o a componerte? —Piensa que el Divino Esposo te mira con lástima y te avergonzarás de hacerlo.

36. ¿Ansías leer una carta que acabas de recibir? —Espera siquiera una hora para abrirla.

37. ¿Quisieras hacer algo que mucho te gusta? —No lo hagas.

38. ¿No te quisieras molestar en ir a una parte? —Pues ve.

39. ¿Quieres vivir? —Ofrece a Dios tu vida.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

Del amor del Padre al crearnos	3
Amor del Hijo al redimirnos	7
Amor del Espíritu Santo al santificar- nos	12
Cuán grande es el amor que nos ha manifestado Jesucristo	16
Cuán obligados estamos a devolverle amor por amor	23
Cómo hemos de amar a Dios	27
Qué tenemos que hacer para amarle de todo corazón	33

SEGUNDA PARTE

Cuánto merece Dios ser amado	43
¿Cómo le amaban los santos?	46

Cuánto desea Dios ser amado de nosotros	49
Medios de adquirir el amor divino	58
1) Desprendimiento de las criaturas	58
2) Meditación sobre la Pasión de Jesucristo	62
3) Conformidad con la voluntad de Dios	68
4) Meditación	71
5) Oración	73
Señales ciertas por las que puede cada uno reconocer en sí mismo el amor de Dios	77
Camino de santificación o Máximas de los Santos	87
Para hacerse santo	87